



▲ Gelman falleció hace 10 años. México fue su residencia por décadas, luego de salir exiliado de Argentina en 1988. Sobre este país, el autor de *Amaramara* expresó: “esta es la tierra que elegí para vivir y morir”. París también fue una de las urbes que lo

acogieron, por lo que el 18 de este mes se le hará un homenaje en la Maison de l'Amérique Latine, con poesía y música de bandoneón. Arriba, a la izquierda, su esposa, Mara La Madrid. Luego, el escritor, en 2006. Fotos Cristina Rodríguez y Yazmín Ortega

Juan Gelman no guardaba textos; no vivía para la posteridad: Mara La Madrid

La esposa y primera lectora del poeta “desde que nos conocimos” lo recuerda en su décimo aniversario luctuoso // “Fue un duelo difícil”, reconoce en charla con *La Jornada*

ALONDRA FLORES SOTO

La poesía en pie contra la muerte encuentra a Juan Gelman, quien es recordado en el décimo aniversario de su fallecimiento, ocurrido el 14 de enero de 2014. “Juan tiraba todo lo que para él no era publicable; o sea, que prácticamente no hay inéditos”, afirma Mara La Madrid, esposa del poeta de la rebeldía, de la búsqueda de la justicia; de la memoria, el amor y la muerte. “Nunca guardó nada; no vivía para su posteridad”. En entrevista, en estos días difíciles, la psicoanalista argentina habla sobre Gelman, quien “no sólo era mi amado, mi esposo. Después de 25 años de vivir juntos éramos amigos, compañeros. Fue un duelo difícil”.

En París le van a hacer un homenaje en la Maison de l'Amérique Latine el 18 de enero; se realizará un recital de poesía por Jean Portante, acompañado del bandoneón de César Strosio. Mara no podrá ir al acto organizado por “amigos muy queridos” en la capital france-

sa, una de las ciudades del exilio de Gelman después del golpe militar en Argentina en 1976.

México fue su residencia por décadas, “esta es la tierra que elegí para vivir y morir”, dijo el autor sobre este país en el que habitó un cuarto de siglo, el mismo de Sor Juana, donde fueron esparcidas sus cenizas con música de jaranas y de su compatriota Piazzola, vino y abrazos.

“Juan no guardaba. Entraba en trance, escribía, se iba a dormir, se olvidaba y de pronto se encontraba en la máquina de escribir o la computadora el papel escrito a la mañana siguiente. Y lo que le parecía que no era bueno lo tiraba”, relata La Madrid, en momentos con la voz baja, entrecortada, en otros sonriendo entre bromas y recuerdos, de repente pidiendo un momento para encender un cigarro. Para la entrevista pidió estar acompañada de amigos, pues enero es terrible, ya que en este mes también murieron su hija y su madre.

Cuando dejó de estar Juan Gelman, Mara La Madrid, su esposa

desde 1995, decidió contratar los servicios de la agencia de Carmen Balcells, la famosa agente literaria catalana. Desafortunadamente, murió 10 días después de que conversaron ambas mujeres. Aunque la relación se mantuvo con su hijo.

En la agencia se encargan de los derechos. Ellos llevan las cuentas y los clientes. Los ve cada vez que vienen a la feria del libro. “Yo trabajo. Entonces pensé: ‘no me voy a convertir en la viuda de Juan Gelman, ni me voy a ocupar de su obra, no quiero hacerlo, no puedo, no sé, no me dedicó a eso’”.

Hombre de convicciones

Juan Gelman no recitaba poesía a Mara, sino que le leía. “Yo creo que era la primera que conocía sus poemas. Fui su primer escucha o lectora. Claro, no siempre. A partir de que nos conocimos”. Uno de los libros inéditos que quedaron en enero de 2014 fue uno dedicado a ella, la mujer que lo acompañó por tantos años. *Amaramara* en el que

mantiene un diálogo con aquellos que amó y con las pinturas de Arturo Rivera.

Cuando en 2007 le otorgaron el Premio Cervantes, el jurado expresó los méritos del poeta argentino que reconoció “la musicalidad y el ritmo de las palabras sin abandonar el compromiso social y político que caracteriza toda su obra literaria”.

Hombre de convicciones, vivió en carne propia el dolor de la dictadura, en el exilio y con la desaparición forzada de sus hijos Nora Eva y Marcelo Ariel, junto a su nuera María Claudia, quien estaba embarazada de siete meses. Mara La Madrid y Juan Gelman escribieron juntos el libro *Ni el flaco perdón de Dios*, en el que se recopilan los testimonios de los hijos de los desaparecidos, las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, alrededor de un periodo oscuro de la historia.

La Madrid comenta que en Argentina, cuando murió, “lo que hubo fue la idiotez de Cristina Kirchner de declarar tres días de luto nacional, banderas a media asta. Ya

estaba muerto. Si hubiera estado vivo se hubiera retorcido de risa bronca y de rabia. El peor homenaje que se le podía hacer a Juan fue ese”.

Al ver a Milei en estos días, seguramente tendría alguna reacción. Mara apunta: “Muchas veces me he preguntado si Juan no se murió porque en algún lugar sabía lo que se venía. No sólo en Argentina, en el mundo... la matanza de Gaza. Juan era judío, pero no era sionista, ni nunca hubiera apoyado la política de Netanyahu, ni la de Estados Unidos, que no sabe qué hacer ante el genocidio que se está dando allá contra los palestinos”.

El narrador respondería con poesía, baluarte en tiempos mezquinos y de penuria. “Y la condición de los poetas es frágil, no encuentran abrigo en su obra, cada momento de ésta cuestiona los demás y entonces nada sostiene a quien no tiene otro sostén que el acto de escribir. Y, sin embargo, la poesía continúa. La poesía está cargada de más vida”, nos enseñó Juan Gelman.



Dos inéditos de Juan Gelman

ALEJANDRO GARCÍA SCHNETZER

En 2009 le pregunté a Juan Gelman en Buenos Aires si guardaba sus originales; negó sin pesar.

Nos habíamos reunido para trabajar en la edición del libro

Bajo la lluvia ajena en casa de Carlos Alonso, autor de las aguafuertes, y tuve curiosidad por la suerte de esos manuscritos fechados en 1980, durante su exilio en Roma.

Una vez, Adolfo Gilly observó que Gelman siempre conservó ciertos hábitos de la clandestinidad, como ir ligero de equipaje. Era así literalmente. “A México llegó con una

valijita de mano”, recordó Mara La Madrid, su compañera durante los últimos 25 años. La acumulación, sin embargo, tiene razones que la razón ignora.

En 2015 viajé de Barcelona a México por pedido de Mara, a fin de revisar unas cajas con papeles y manuscritos de Gelman. Eran 12, sin contar otras tantas con documentos relativos a la búsqueda de Ma-

carena, la nieta recuperada.

Durante días y noches, en duelo personal, revisé miles de hojas con poemas, artículos, cartas, notas, entrevistas, traducciones —de Brodsky, Auden, Cavalcanti, Catulo—, correcciones de pruebas para imprenta en varios idiomas y apuntes sueltos de los últimos 40 años salvados por amigos y parientes.

Aquel examen fue el primer paso de la investigación sobre su obra inédita y dispersa, que hoy incluye hasta una pieza breve para títeres.

Al cumplirse 10 años de la muerte del poeta, copio aquí, con el permiso de Mara, dos originales inéditos que leí por entonces en México, y fueron para mí un puente entre dos orillas.

Formas

fallecer/ expirar/
fenecer/ finar/ acabar/ sucumbir/
faltar/ caer/ pasar/ perecer/
ausentarse/ palmar/ espichar/
descinchar/ irse/ consumirse/
acabarse/ candirse/ boquear/ penar/
terminar/
estar en las últimas/
estar con el alma entre los dientes/
con el alma en la boca/
con un pie en el hoyo o sepulcro/
estar al cabo o muy al cabo/
estar con la cadena en la mano/
palpar la ropa/ acabarse la vela/
liar el petate/ doblar la servilleta/
entregarla/ diñarla/ ofrecerla/
soltar maleta/ dar fin/
salir/ salirse de esta piel/ de este mundo/
pasar a mejor vida/ entregarse/
estirar pata o piernas/ hincar el pico/
caer en flor/ quedarse en la estacada/
recomendar el alma/ exhalar
el último suspiro/ quedar seco/
reventar como chinche/ dar los tuétanos/
parar la embarcación o chalupa/
crepar/ dejarse ir/
darse vuelta como un pajarito/
pagar con el pellejo
tanta pasión o furia/ tanta luz

París/ 24-4-83

Una noche*

Serían las tres de la mañana. Salí de la casa de un amigo y afuera estaba el pueblo, San Andrés de Toncatle o algo así, en las afueras de México DF, ya en el camino viejo a Cuernavaca. Yo estaba pasablemente borracho y enojado, no sé con quien, muy probablemente conmigo mismo. Así que me fui y me largué a caminar, con la vaga —y vana— idea de volverme a pie a casa en La Condesa, a kilómetros y kilómetros de allí. Había habido fiesta en el pueblo esa noche, pero de la fiesta sólo quedaban algunos kioscos envueltos en tela de plástico. Y nadie en las calles de tierra. Sólo perros en grupo, que me ladraban amenazantes cuando me acercaba y se dispersaban a medida que les llegaba junto. A lo mejor mi furia los retrocedía. Tomé una piedra con la mano derecha cuando vi al final de una calle a una veintena de ellos que mostraban las fauces. No hubo necesidad de arrojarla. Me abrieron paso como si yo fuera la muerte. Había luna clara y silencio y nadie. Subí cuestras, bajé pendientes y no recuerdo haberme caído, pero de pronto sentí que no me sostenían las piernas. Caí al suelo varias veces. Casi abandoné la idea de seguir caminando, pensé en tenderme a la vera de alguna casa para esperar el día. Pero no quise. Golpee



▲ Juan Gelman, c. 1980; autoría sin identificar. Archivo Gelman-La Madrid

varias puertas de casas diseminadas que había por ahí. Me contestaron en dos: pedí teléfono y no había. Ya estaba arrastrando la pierna derecha. En una casa, sin abrir la puerta, me dijeron hacia dónde quedaba la carretera. Empecé a ir hacia allá y me volví a caer sentado. Mi pierna izquierda andaba con problemas propios y no sostenía a la derecha. Me quedé sentado, pues, mirando el pueblo, o las casas, la luna tranquila, los arbustos pocos, las luces del valle de México en todo alrededor. Al fondo, el volcán. Casi lloro de impotencia. Por no poder caminar. No sentía miedo. Hubiera saludado sin recelo a cualquier aparecido. Tampoco lo necesitaba. Lo único que necesitaba era la carretera y volver. El pie derecho dolía mucho y empecé un diálogo de uno con mi cuerpo. A ver quién podía más. Si en ese momento aparecía el *Chupacabras* lo hubiera echado para no molestar nuestra conversación.

Volví a caer sentado en victoria del cuerpo sobre mí y lo insulté de arriba a abajo. Aproveché para putear a medio mundo, a ver si cansaba al cuerpo. Le ordené que se levantara y me hizo caso. Ahí vi las luces de los coches que corrían por la carretera. Se lo dije al cuerpo y se animó. Me acompañó hasta el asfalto. Eran las cinco de la mañana y yo estaba rendido. Pasaban taxis vacíos que no iban a pararse a levantar a un desconocido que quién sabe. Me arrastré hasta la parada de un autobús y me senté en la vereda. Había un mexicano esperándolo y debe haber oído lo que con el cuerpo nos decíamos. “¿Quiere un taxi?”, ofreció. Claro que sí. Le hizo señas a uno que pasaba y se detuvo. Conocía al hombre y por eso me aceptó. Volví a casa y no recuerdo mucho de lo que conversé con mi envoltura, como decían los antiguos. Sé que la llamada alma se portaba de periodista y observaba con ironía, creo, la situación. Ignoro qué órdenes de dimensión se movieron en ese caso. Me recuerdo muy calmo, sentado por caído en el camino de tierra y pedregullo, mirando

las luces del valle, la noche serena interrumpida por mí, que me ingresaba como parte de un milagro. El médico que revisaba después mis dolores dijo que los huesos de mi pie derecho están sobrecargados por la edad y que de ahí venía todo. Esos huesos saben más que yo de mi vejez y me dieron una noche de juventud que pude ser.

México, 10-6-96

*Título de la Redacción



Al fondo, el volcán.
Casi lloro de
impotencia. Por no
poder caminar.
No sentía miedo